

Recopilación de Haruki Murakami

Libro: Tokio Blues | Fecha: Añadido el domingo, 14 de junio de 2020
15:14:33

Estaba en una edad en que, mirara lo que mirase, sintiera lo que sintiese, pensara lo que pensase, al final, como un bumerán, todo volvía al mismo punto de partida: yo.

Contexto:

La única presencia, dos pájaros rojos que alzaban el vuelo de aquel prado, como espantados por algo, se dirigían hacia el bosque. Mientras andábamos, Naoko me hablaba de un pozo. La memoria es algo extraño. Mientras estuve allí, apenas presté atención al paisaje. No me pareció que tuviera nada de particular y jamás hubiera sospechado que, dieciocho años después, me acordaría de él hasta en sus pequeños detalles. A decir verdad, en aquella época a mí me importaba muy poco el paisaje. Pensaba en mí, pensaba en la hermosa mujer que caminaba a mi lado, pensaba en ella y en mí, y luego volvía a pensar en mí. Estaba en una edad en que, mirara lo que mirase, sintiera lo que sintiese, pensara lo que pensase, al final, como un bumerán, todo volvía al mismo punto de partida: yo. Además, estaba enamorado, y aquel amor me había conducido a una situación extremadamente complicada. No, no estaba en disposición de admirar el paisaje que me rodeaba. Sin embargo, ahora la primera imagen que se perfila en mi memoria es la de aquel prado. El olor de la hierba, el viento gélido, las crestas de las montañas, el ladrido de un perro. Esto es lo primero que recuerdo. Con tanta nitidez que tengo la impresión de que, si alargara la mano, podría ubicarlos, uno tras otro, con la punta del dedo. Pero este paisaje está desierto. No hay nadie. No está Naoko, ni estoy yo. «¿Adonde hemos ido?», pienso. «¿Cómo ha podido ocurrir una cosa así? Todo lo que parecía tener más valor —ella, mi yo de entonces, nuestro mundo— ¿adonde ha ido a parar?». Lo cierto es que ya no recuerdo el rostro de Naoko. Conservo un decorado sin personajes. Aunque, si me tomo el tiempo suficiente, puedo revivir su imagen. Sus manos pequeñas y frías, su pelo liso, tan bonito y agradable al tacto; los lóbulos de sus orejas, suaves y carnosos, y el lunar que tenía debajo; el elegante abrigo de piel de camello que solía llevar en invierno; su costumbre de mirar fijamente a los ojos cuando hacía una pregunta; el ligero temblor que, por una u otra razón, vibraba en su voz (como si estuviera hablando en lo alto de una colina barrida por un fuerte viento). Al sobreponer estas imágenes, su rostro emerge de repente. Primero se dibuja su perfil. Tal vez porque Naoko y yo solíamos andar el uno al lado del otro. Por eso el perfil es lo que primero emerge en mi recuerdo. Después ella se vuelve hacia mí, me sonríe, ladea la cabeza, me habla y me mira fijamente a los ojos. Tal vez esperaba ver en ellos el rastro de un pececillo que cruzaba, veloz como una centella, el fondo de un manantial de aguas cristalinas. Me lleva tiempo evocar su rostro. Y conforme vayan pasando los años, más tiempo me llevará. Es triste, pero cierto. Al principio era capaz de recordarla en cinco segundos, luego éstos se convirtieron en diez, en treinta segundos, en un minuto. El tiempo fue alargándose paulatinamente, igual que las sombras en el crepúsculo. Puede que pronto su rostro desaparezca absorbido por las tinieblas de la noche. Sí, es cierto. Mi memoria se está distanciando del lugar donde se hallaba Naoko. De la misma forma que se está distanciando del lugar donde estaba mi yo de entonces. Sólo el paisaje, aquella imagen del prado en octubre, vuelve

una y otra vez a mi mente como la escena simbólica de una película. Aquel paisaje sigue sacudiendo, pertinaz, una parte de mi cabeza. «¡Vamos! ¡Arriba! ¡Aún estoy aquí! ¡Arriba! ¡Levántate y comprende! ¿Cuál es la razón de que todavía esté aquí?» No siento dolor. Únicamente el sonido hueco que acompaña cada patada. Pero también este eco se apagará algún día. Como se ha ido borrando, inexorablemente, lo demás. Con todo, a bordo de aquel avión en el aeropuerto de Hamburgo, la sacudida fue más fuerte, más prolongada que de costumbre. «¡Arriba! ¡Comprende!», decía. Por eso ahora estoy escribiendo. Soy de ese tipo de personas que no acaba de comprender las cosas hasta que las pone por escrito. ¿De qué me estaba hablando ella?

Libro: Tokio Blues | Fecha: Añadido el domingo, 14 de junio de 2020
16:07:48

«La muerte no existe en contraposición a la vida sino como parte de ella».

Contexto:

Recién llegado a Tokio, cuando empecé una nueva vida en la residencia, tenía un único propósito: tratar de no tomarme las cosas a pecho, mantener la debida distancia con el mundo. Nada más. Y decidí olvidar por completo la mesa de billar forrada de fieltro verde, el N-360 rojo y las flores blancas sobre el pupitre, la columna de humo alzándose desde la alta chimenea del crematorio, el pisapapeles con forma achaparrada en la sala de interrogatorios. Al principio, pensé que iba a lograrlo. Sin embargo, por más que intentase olvidarlo, en mi interior permanecía una especie de masa de aire de contornos imprecisos. Con el paso del tiempo, esta masa empezó a definirse. Ahora puedo traducirla en las siguientes palabras: «La muerte no existe en contraposición a la vida sino como parte de ella». Expresado en palabras, suena a tópico, pero yo en ese momento lo sentía como una masa de aire en mi interior. La muerte estaba presente en el pisapapeles, en las cuatro bolas rojas y blancas alineadas sobre la mesa de billar. Y nosotros vivimos respirándola, y va adentrándose en nuestros pulmones como un polvo fino. Hasta entonces había concebido la muerte como una existencia independiente, separada por completo de la vida. «Algún día la muerte nos tomará de la mano. Pero hasta el día en que nos atrape nos veremos libres de ella.» Yo pensaba así. Me parecía un razonamiento lógico. La vida está en esta orilla; la muerte, en la otra. Nosotros estamos aquí, y no allí. A partir de la noche en que murió Kizuki, fui incapaz de concebir la muerte (y la vida) de una manera tan simple. La muerte no se contrapone a la vida. La muerte había estado implícita en mi ser desde un principio. Y éste era un hecho que, por más que lo intenté, no pude olvidar. Aquella noche de mayo, cuando la muerte se llevó a Kizuki a sus diecisiete años, se llevó una parte de mí. Viví la primavera de mis dieciocho años sintiendo esta masa de aire en mi interior. Al mismo tiempo, intentaba no mostrarme serio, pues intuía que la seriedad no me acercaba a la verdad. Pero la muerte es un asunto grave. Quedé atrapado en este círculo vicioso, en esta asfixiante contradicción. Cuando miro hacia atrás, hoy pienso que fueron unos días extraños. Estaba en la plenitud de la vida y todo giraba en torno a la muerte.

Libro: Tokio Blues | Fecha: Añadido el martes, 16 de junio de 2020
17:32:31

Que se sentían felices fanfarroneando con palabras complicadas, que sólo pretendían impresionar a las alumnas de primero y meterles mano bajo las faldas.

Contexto:

—¿Y lo has entendido? —Algunos pasajes sí, pero otros no. Para poder leer El capital, antes es necesario haber adquirido un sistema de pensamiento. Pero, en general, entiendo el marxismo bastante bien. —¿Crees que un estudiante de primero de universidad que no haya leído muchos libros de ese estilo puede entenderlo? —Creo que no —dije. —Cuando ingresé en la universidad, entré en un club de música folk porque me apetecía cantar. Pero aquel sitio estaba lleno de impostores. Cuando me acuerdo de ellos, se me ponen los pelos de punta. Al entrar allí, lo primero que te hacían leer era El capital. «Para el próximo día, lee de tal a tal página.» Según el discursito que nos soltaron, la música folk estaba íntimamente ligada a la sociedad y al movimiento radical. ¡Ya ves tú! En cuanto llegaba a casa, me esforzaba en leer a Marx. Pero no entendía nada. Aquello era peor que el modo condicional. Desistí a la tercera página. En la siguiente reunión dije que lo había leído pero que no había entendido nada. A partir de entonces me trataron de imbécil: que no tenía conciencia de los problemas, que me faltaba conciencia social... No bromeo. Y todo por decir que no entendía un texto. ¿No te parece alucinante? —Sí. —Los «debates» también eran terribles. Todos utilizaban palabras complicadas y ponían cara de entenderlo todo. Como no me aclaraba, volví a preguntar: «¿Qué es la explotación imperialista? ¿Tiene alguna relación con la Compañía de las Indias Orientales?». O esto otro: «¿Abajo la comunidad industrial-académica! ¿Significa que al salir de la universidad uno no puede encontrar trabajo en una empresa?». Nadie supo explicármelo. Al contrario, se enfadaron ostensiblemente. ¿Puedes creerlo? —Sí. —Me gritaban: «¿Cómo puede ser que no entiendas estas cosas? ¿Qué tienes en la cabeza?». Y ése fue el fin. Quizás yo no soy muy inteligente. Pertenezco al pueblo. Pero ¿no es el pueblo el que hace funcionar el mundo? ¿Acaso no es el pueblo el explotado? ¿Qué revolución es ésa en que se alardea de palabras complicadas que el pueblo no entiende? ¿Qué clase de cambio social es ése? Yo también quiero mejorar el mundo. Pienso que, si alguien está siendo explotado, esto tiene que terminar. Y de ahí vienen mis preguntas. ¿Tengo razón? —Sí, tienes razón. —Entonces llegué a la conclusión de que todos aquellos tíos eran unos impostores. Que se sentían felices fanfarroneando con palabras complicadas, que sólo pretendían impresionar a las alumnas de primero y meterles mano bajo las faldas. Y que, al terminar cuarto, se cortarían el pelo, buscarían un empleo en Mitsubishi-Shōji, en Tokyo Broadcasting System, IBM o en el banco Fuji, se casarían con unas bellezas que no hubieran leído a Marx en su vida y les pondrían nombres repelentes a sus hijos, de ésos rebuscados. ¿«Abajo la comunidad industrial-académica»? Era para llorar de risa... No te imaginas a los nuevos. Pese a no entender nada, ponían cara de sabelotodo y se reían de mí. Incluso me soltaban: «Eres tonta. Aunque no entiendas nada, tú diles "Sí, sí. ¡Y

tanto!", y ya está». Hay una cosa que aún me molestó más. ¿Quieres que te la cuente? —Sí. —Un día nos convocaron a una reunión política a medianoche, y a las chicas nos dijeron que lleváramos veinte onigiri cada una. ¡No bromeo! ¡No te parece una discriminación sexual en 22 Bolas de arroz rellenas de diferentes alimentos, como, por ejemplo, umeboshi (ciruelas secas encurtidas en sal), sake (salmón), envueltas en nori, un tipo de alga marina seca. (N. de la T.)

Libro: Tokio Blues | Fecha: Añadido el jueves, 18 de junio de 2020
00:10:41

Cuando uno está rodeado de tinieblas, la única alternativa es permanecer inmóvil hasta que sus ojos se acostumbren a la oscuridad.

Contexto:

«Gracias por tus cartas. A Naoko le encantan. Me deja leerlas. ¿No te importa, verdad, que yo también las lea? «Siento haber estado tanto tiempo sin poder escribirte. A decir verdad, estaba agotada y no había ninguna buena noticia que darte. Naoko no está bien. El otro día su madre vino de Kobe y hablamos ella, Naoko, un médico especialista y yo. Finalmente, han optado por trasladarla a un hospital especializado donde pueda recibir una terapia intensiva y, a tenor de los resultados, decidir si podrá volver aquí. Naoko dice que preferiría quedarse; si se marcha, la echaré de menos y estaré preocupada por ella, pero la verdad es que cada vez ha sido más difícil tratarla. Normalmente no hay problema, pero de cuando en cuando su estado emocional se vuelve muy inestable y, en esos momentos, no puedo apartar los ojos de ella. Porque no sé nunca lo que puede ocurrir. Tiene unas alucinaciones auditivas muy violentas y se encierra en sí misma. »Por todo esto, me parece que por ahora lo más conveniente es que ingrese en un centro adecuado y que allí se someta a una terapia. Es triste, pero no hay más remedio. Tal como te dije antes, hay que tener paciencia. Ir desenredando la madeja, hilo a hilo, sin perder la esperanza. Por más negra que esté la situación, el hilo principal existe, sin duda. Cuando uno está rodeado de tinieblas, la única alternativa es permanecer inmóvil hasta que sus ojos se acostumbren a la oscuridad. «Cuando recibas esta carta, Naoko ya estará en el otro hospital. Siento no habértelo comunicado antes, pero todo ha sucedido muy deprisa. Es un buen hospital. Allí hay buenos médicos. Te anoto la dirección; a partir de ahora, envíale las cartas allí. A mí me irán informando sobre su estado, así que, si hay alguna novedad, ya te la comunicaré. Espero que sean buenas noticias. Para ti también debe de ser muy duro todo esto. ¡Ánimo! Aunque no esté Naoko, escíbeme de vez en cuando. »Adiós.» Aquella primavera escribí muchas cartas. Una por semana a Naoko, algunas a Reiko, y también a Midori. Las escribía en clase o en casa, sentado a mi mesa de trabajo con Gaviota subida a mi regazo, o las escribía en mis ratos libres, sentado a la mesa del restaurante italiano donde trabajaba. Confiaba en que esa carta evitara que mi vida se rompiera en pedazos. Le escribí a Midori: «Al no poder hablar contigo, estos meses de abril y mayo han sido muy duros y solitarios para mí. No recuerdo haber vivido jamás una primavera tan amarga. Hubiera preferido tres febreros seguidos. No creo que sirva de nada decírtelo ahora, pero el nuevo peinado te sienta muy bien. Estás muy guapa. Ahora trabajo en un

restaurante italiano y el cocinero me ha enseñado a cocinar espaguetis. Me gustaría que los probaras». Iba a la universidad todos los días, trabajaba en el restaurante italiano dos o tres veces por semana, hablaba con Itō de libros y música, leí varios libros de Boris Vian que él me prestó, escribía cartas, jugaba con Gaviota, cocinaba espaguetis, cuidaba del jardín, me masturbaba pensando en Naoko y veía muchas películas. A mediados de junio Midori volvió a hablarme. Habíamos estado dos meses sin decirnos nada. Al terminar la clase, se sentó a mi lado y permaneció un rato en silencio con la mejilla

Libro: Tokio Blues | Fecha: Añadido el jueves, 18 de junio de 2020
00:41:26

«La muerte no se opone a la vida, la muerte está incluida en nuestra vida».

Contexto:

Su recuerdo era demasiado nítido. Aún me imaginaba su boca envolviendo suavemente mi pene, su pelo cayendo sobre mi vientre. Me acordaba de su calor, de su aliento, del tacto desconsolado de la eyaculación. Lo recordaba tan claramente como si hubiera ocurrido cinco minutos antes. Y tenía la sensación de que Naoko se encontraba a mi lado, y de que si alargaba la mano podía tocarla. Pero ella no estaba. Su cuerpo ya no existía en este mundo. En las noches de insomnio me asaltaban diferentes imágenes de Naoko. No podía evitar que acudieran a mi memoria. En mi corazón, se habían acumulado demasiados recuerdos de ella. En cuanto encontraban una grieta, por pequeña que fuera, iban saliendo, uno tras otro, imparable. Fui incapaz de detener esa fuga. Me acordaba de Naoko en aquella mañana de lluvia, con el chubasquero amarillo, limpiando el gallinero y acarreando el saco de grano. Recordaba el pastel de cumpleaños medio deshecho y el tacto de mi camisa empapada por las lágrimas de Naoko. Sí, aquella noche también llovía. Era invierno; Naoko caminaba a mi lado, con aquel abrigo de piel de camello. Ella siempre se sacaba el pasador del pelo y jugueteaba con él. Y siempre me miraba fijamente con aquellos ojos transparentes. Ahora llevaba una bata azul y estaba sentada en el sofá, con el mentón descansando en las rodillas. Sus imágenes me golpeaban, una tras otra, como las olas de la marea, arrastrándome hacia un lugar extraño. Y en este extraño lugar yo vivía con los muertos. Allí Naoko estaba viva y los dos hablábamos, nos abrazábamos. En ese lugar, la muerte no ponía fin a la vida. Allí la muerte conformaba la vida. Y Naoko, henchida de muerte, allí continuaba viviendo. Me decía: «Tranquilo, Watanabe. No es más que la muerte. No te preocupes». En ese lugar no me sentía triste. Porque la muerte era sólo la muerte, y Naoko era Naoko. «No te preocupes. Estoy aquí, ¿no es cierto?», me decía sonriendo. Sus gestos habituales serenaban mi corazón, me consolaban. Y yo pensaba: «Si la muerte es esto, después de todo no es algo tan malo». «Claro. Morir no es nada del otro mundo», me decía Naoko. «La muerte es la muerte. Además, aquí todo es muy fácil», me contaba en los intervalos entre una ola y la siguiente. Pronto la marea se retiraba y me dejaba solo en la playa, impotente, sin un lugar adonde ir, con la tristeza envolviéndome como un manto de tinieblas. Solía llorar en esos momentos. De hecho, más que llorar, unas lágrimas gruesas brotaban como

gotas de sudor. Cuando murió Kizuki aprendí una cosa. Quizá me resigné a hacerla mía: «La muerte no se opone a la vida, la muerte está incluida en nuestra vida». Es una realidad. Mientras vivimos, vamos criando la muerte al mismo tiempo. Pero ésta es sólo una parte de la verdad que debemos conocer. La muerte de Naoko me lo enseñó. Me dije: «El conocimiento de la verdad no alivia la tristeza que sentimos al perder a un ser querido. Ni la verdad, ni la sinceridad, ni la fuerza, ni el cariño son capaces de curar esta tristeza. Lo único que puede hacerse es atravesar este dolor esperando aprender algo de él, aunque todo lo que uno haya aprendido no le sirva para nada la próxima vez que la tristeza lo visite de improviso». Pensé en ello, noche tras noche, en mi soledad, oyendo el ruido de las olas y el rugido del viento. Vacíé muchas botellas de whisky, mordisqueé pan, bebí agua de la petaca en mi larga marcha hacia el oeste, con la mochila dando bandazos a mi espalda y el pelo lleno de arena..., día tras día de aquel principio de otoño. Un atardecer en que soplaba un fuerte viento, yo estaba acurrucado dentro de mi saco de dormir, llorando, al resguardo de un barco abandonado, cuando se me acercó un joven pescador y me ofreció un cigarrillo. Lo acepté y fumé por primera vez en diez meses. El pescador me preguntó por qué estaba llorando. En un acto reflejo, le mentí diciéndole que mi madre había

Libro: Cronica Del Pajaro Que Da Cuerda Al Mundo | Fecha: Añadido el martes, 27 de abril de 2021 02:07:51

¿Sabemos en verdad algo importante de la persona que estamos convencidos de conocer?

Contexto:

18 2 Luna llena y eclipse solar Sobre los caballos que morían en sus establos ¿Puede un ser humano llegar a comprender plenamente a otro? Cuando deseamos conocer a alguien e invertimos mucho tiempo y serios esfuerzos en este propósito, ¿hasta qué punto podremos, en consecuencia, aproximarnos a la esencia del otro? ¿Sabemos en verdad algo importante de la persona que estamos convencidos de conocer? Empecé a pensar seriamente en esto alrededor de una semana después de dejar el trabajo en el bufete. Hasta entonces, nunca en mi vida me había planteado, ni una sola vez, estas cuestiones de una manera seria. ¿Por qué no? Es probable que por estar embebido en la ardua tarea de estabilizar mi propia vida cotidiana. Y por estar demasiado ocupado para pensar en mí mismo. Tal como suelen empezar en esta vida las cosas importantes, el motivo de que empezara a concebir estas dudas fue algo de lo más trivial. Después de que Kumiko hubiera desayunado y salido de casa a toda prisa, metí la ropa en la lavadora, hice la cama, lavé los platos y pasé la aspiradora. Luego me senté en el cobertizo con el gato y miré las ofertas de trabajo del periódico y los anuncios de las rebajas. Al mediodía me hice una comida sencilla, almorcé y fui al supermercado. Después de comprar la cena, me pasé por la sección de ofertas y compré detergente, pañuelos de papel y papel higiénico. Luego volví a casa, preparé la cena y me dispuse a esperar a que volviera mi mujer leyendo un libro tendido en el sofá. Hacía poco que estaba en paro y aquella vida me parecía más bien refrescante. No tenía que ir a la oficina en trenes atestados de gente, no estaba obligado a ver a personas a quienes no me

apetecía ver. Y lo más maravilloso de todo: podía leer los libros que deseaba y cuando lo deseaba. No sabía hasta cuándo continuaría con este tipo de vida. Pero a la semana de llevar esta existencia relajada pensaba que, de momento, me gustaría seguir así y me esforzaba en no pensar en el futuro. Era una especie de paréntesis en mi vida. Algún día terminaría. Mientras continuara, ¿por qué no disfrutarlo? Sin embargo, aquel atardecer no pude sumergirme en el acostumbrado placer de la lectura. Kumiko no volvía. Ella regresaba, como muy tarde, a las seis y media, y, si iba a retrasarse, aunque sólo fueran diez minutos, siempre avisaba. En esto era metódica hasta la exageración. Pero aquel día, a las siete, Kumiko aún no había regresado ni hubo ninguna llamada. Yo lo tenía todo preparado para hacer la comida en cuanto llegara. No era un banquete. Pensaba saltar finas lonjas de carne de ternera, cebolla, pimientos y brotes de soja en una cazuela a fuego vivo, espolvorear sal y pimienta, y añadirle salsa de soja. Y, por último, echarle un chorrito de cerveza. Cuando vivía solo a menudo preparaba este plato. El arroz estaba cocido, el misoshiru caliente, y las verduras cortadas en un plato grande, dispuestas para ser cocinadas en cualquier momento. Kumiko no volvía. Yo estaba hambriento. Pensé en cocinar mi parte y comer primero. No sé por qué, no me decidí a hacerlo. No tenía ningún fundamento en particular, pero no me pareció correcto. Me senté frente a la mesa de la cocina, me bebí una cerveza y mordisqueé algunas galletas reblandecidas que habían quedado en el fondo de la alacena. Contemplé distraído cómo la aguja horaria del reloj iba acercándose poco a poco al punto de las siete y media y, después, cómo lo sobrepasaba. Eran más de las nueve cuando Kumiko regresó. Parecía exhausta. Tenía los ojos inyectados en

Libro: El fin del mundo y un despiadado país de las maravillas | Fecha:
Añadido el lunes, 1 de agosto de 2022 15:17:15

¿Un pasillo largo como Marcel Proust?

Contexto:

tenido su lógica. Pero a la inversa me parecía muy extraño. ¿Un pasillo largo como Marcel Proust? Sea como sea, la seguí por aquel largo pasillo. Parecía que no iba a acabarse nunca. Doblamos varias esquinas, subimos y bajamos cortos tramos de escalera de cinco o seis peldaños. Tal vez habíamos recorrido ya cinco o seis veces la longitud de un pasillo de un edificio normal. O tal vez nos limitáramos a ir y venir por un lugar semejante a un grabado de Escher. En todo caso, pasáramos por donde pasásemos, el entorno no variaba lo más mínimo. Suelo de mármol, paredes amarillo pálido, puertas de madera con numeración disparatada y pomos de acero inoxidable. No se veía ninguna ventana. Los altos tacones de la joven repiqueteaban por el corredor con un martilleo regular y constante, mientras mis zapatillas de deporte producían un ruido pegajoso, como de goma fundida, a sus espaldas. El ruido gomoso de mis zapatillas resonaba más de lo habitual, y acabé por preguntarme seriamente si las suelas habían empezado a fundirse. Lo cierto era que caminaba por primera vez en mi vida sobre mármol con zapatillas de deporte, y por tanto no podía juzgar si aquel sonido era normal o anormal. Imaginé que debía de ser medio normal y medio anormal. Y es que me daba la impresión de que allí todo se regía por una proporción similar. Cuando ella se detuvo de

repente, yo estaba tan absorto en el sonido de las suelas de las zapatillas que, sin darme cuenta, la embestí con el pecho. Su espalda era suave y mullida como un nubarrón de contornos bien definidos y sunuca exhalaba aquel olor a agua de colonia con fragancias de melón. Con el ímpetu del choque, la lancé hacia delante y tuve que echarla hacia atrás agarrándola precipitadamente por los hombros. —Lo siento —me disculpé—. Es que estaba distraído, pensando. La joven gorda me miró con el rostro ligeramente enrojecido. No puedo asegurarlo, pero diría que no estaba enojada. «¿Ketaseru?», dijo esbozando una sonrisa. Y se encogió de hombros. «Sera», añadió. Pero no lo pronunciaba, claro está. Ya sé que me repito, pero ella se limitó a formar esta palabra con los labios. —¿Ketaseru? —dije en voz alta, como si hablara conmigo mismo—. ¿Sera? «¿Sera?», repitió ella, convencida. A mí aquello me sonaba a turco, aunque no dejaba de ser un problema el hecho de que yo jamás hubiera oído una palabra en aquel idioma. Así que quizá

Libro: El fin del mundo y un despiadado país de las maravillas | Fecha: Añadido el miércoles, 3 de agosto de 2022 05:52:45

—¡Vaya! —exclamé—. ¿Y qué pasará con el canto de los pájaros, con el murmullo del agua de los ríos o con la música? ¿Todo eso desaparecerá también?

Contexto:

algún día me sería útil. —¡Vaya! ¡Conque lectura de labios! —dijo el anciano y asintió repetidas veces, convencido—. Una técnica muy efectiva. Yo también la domino un poquito. ¿Y si intentamos hablar un rato sin pronunciar en voz alta las palabras? —No, no. Dejémoslo. Es mejor que hablemos normal —me apresuré a replicar. Ese día ya había tenido más que suficiente de aquel asunto. —Por otro lado, es una técnica muy primitiva y presenta varios inconvenientes. Si está oscuro no entiendes nada, y te obliga a mirar constantemente los labios de tu interlocutor. Pero como medida provisional es eficaz. Al aprenderla, demostró ser muy previsor, ¿sabe usted? —¿Como medida provisional? —Exacto —dijo el anciano, y asintió con un movimiento de cabeza—. A usted sí puedo decirselo: en el futuro, el mundo será insonoro. —¿Insonoro? —repetí sin pensar. —Sí. Completamente insonoro. Para la evolución del hombre, la emisión de sonidos no sólo es innecesaria sino que, encima, es dañina. Por lo tanto, voy a hacerla desaparecer. —¡Vaya! —exclamé—. ¿Y qué pasará con el canto de los pájaros, con el murmullo del agua de los ríos o con la música? ¿Todo eso desaparecerá también? —Por supuesto. —Pues me parece muy triste, la verdad. —La evolución es así. La evolución siempre es despiadada, y triste. No existe una evolución alegre —dijo el viejo, y tras pronunciar estas palabras se levantó, se dirigió a la mesa, sacó un pequeño cortaúñas del cajón, volvió al sofá y empezó a cortarse las diez uñas de las manos, por orden, empezando por la uña del dedo pulgar de la mano derecha y acabando por la del meñique de la izquierda—. La investigación aún no ha concluido y no puedo darle más detalles, pero en líneas generales viene a ser eso. Pero no quiero que se lo revele a nadie. Sería catastrófico que llegara a oídos de los semióticos. —No se preocupe. A los calculadores nadie nos gana en discreción. —Me tranquiliza oírlo —dijo el anciano. Con el borde de una tarjeta postal

recogió los trocitos de uña, esparcidos por encima de la mesa, y los echó a la basura. Después cogió otro emparedado de pepino, lo espolvoreó con sal y lo

Libro: El fin del mundo y un despiadado país de las maravillas | Fecha:
Añadido el jueves, 4 de agosto de 2022 23:39:23

lo que puedan enseñarte los demás acaba en sí mismo, lo que aprendes por tu propia cuenta forma parte de ti.

Contexto:

—. Además, hay cosas que no pueden explicarse con palabras y otras que no tengo por qué explicarte. Pero no temas. La ciudad, en cierto sentido, es justa. A partir de ahora te irá mostrando, una a una, las cosas que necesites, las cosas que debas saber. Y tú tendrás que ir entendiéndolas por ti mismo, una tras otra, conforme te vayan llegando. ¿Comprendes? Esta ciudad es perfecta. Y perfección significa tenerlo todo. Pero si tú no eres capaz de asimilar de manera provechosa las cosas que te sucedan, te encontrarás con que no hay nada. Un vacío perfecto. Recuerda bien lo que voy a decirte: lo que puedan enseñarte los demás acaba en sí mismo, lo que aprendes por tu propia cuenta forma parte de ti. Y te será de gran ayuda. Abre los ojos, aguza el oído, haz trabajar la cabeza, descifra el significado de las cosas que te muestra la ciudad. Ya que tienes corazón, sírvete de él mientras puedas. Es lo único que puedo enseñarte. Si el barrio obrero donde vivía ella era una zona que había visto desaparecer el fulgor de antaño en las tinieblas, el barrio de residencias oficiales que se extendía en la parte sudoeste de la ciudad era una zona que iba perdiendo el color, sin pausa, envuelta en una luz seca. La gracia que le había aportado la primavera se había diluido durante el verano, y el viento que soplaba en otoño había acabado de erosionarla. Sobre la suave y extensa ladera de la llamada Colina del Oeste se sucedían blancas residencias oficiales de dos plantas. En su origen, aquellos edificios habían sido concebidos para albergar cada uno a tres familias, y el único espacio comunitario que tenían era el amplio vestíbulo situado en su parte central. Los remates de madera de cedro de la fachada, los marcos de las ventanas, los porches estrechos, los antepechos de las ventanas: todo estaba pintado de blanco. Hasta donde alcanzaba la vista, todo era blanco. La ladera de la Colina del Oeste mostraba todos los matices del blanco. Un blanco recién pintado, tan brillante que parecía artificial; un blanco que amarilleaba tras permanecer largo tiempo expuesto al sol; un blanco al que la lluvia y el viento parecía que le hubieran arrebatado la esencia y hubiese quedado reducido a nada, a pura inexistencia: todos esos matices del blanco se sucedían hasta el infinito a lo largo de los caminos de grava que cruzaban la colina. Las casas no tenían cercas. A los pies de los estrechos porches sólo había largos parterres de un metro de anchura. Los parterres estaban muy bien cuidados y, en primavera, en ellos florecían el azafrán, los pensamientos y las caléndulas, y, en otoño, los cosmos. Por contraste con las flores, los edificios

Libro: El fin del mundo y un despiadado país de las maravillas | Fecha:
Añadido el jueves, 4 de agosto de 2022 23:59:25

Uno era Arqueología animal, de Burtland Cooper, y el otro El libro de los seres imaginarios, de Jorge Luis Borges.

Contexto:

apañármelas muy bien sola. ¿Te resulto desagradable? —Claro que no —dije—. Tú tienes dilatación gástrica y yo impotencia. Sí, tal vez hagamos buena pareja. Riendo, alargó la mano y tomó con suavidad mi pene flácido. Era la mano que había sostenido el vaso de vodka con tónica: estaba tan fría que casi di un brinco. —Lo tuyo se arregla enseguida —me susurró al oído—. Ya te curaré yo. Pero eso puede esperar. Mi vida gira más alrededor de la comida que del sexo, así que a mí ya me va bien así. El sexo, para mí, es como un buen postre. Si lo hay, tanto mejor, pero si no lo hay, tampoco pasa nada. Mientras lo demás valga la pena, claro. — ¿Un buen postre? —repetí de nuevo. —Un buen postre —repitió ella a su vez—. Pero esto ya te lo explicaré en otra ocasión. Antes tenemos que hablar de los unicornios. A fin de cuentas, para eso me has pedido que viniera, ¿no? Asentí, tomé los vasos vacíos y los dejé en el suelo. Ella soltó mi pene y cogió los dos tomos que descansaban en la mesilla de la cama. Uno era Arqueología animal, de Burtland Cooper, y el otro El libro de los seres imaginarios, de Jorge Luis Borges. —Los he hojeado antes de venir. En resumen, éste —dijo cogiendo El libro de los seres imaginarios— los considera seres fantásticos, como el dragón o la sirena, y este otro —dijo cogiendo Arqueología animal— parte de la premisa de que no puede descartarse que hayan existido alguna vez y aborda el tema desde un punto de vista científico. Por desgracia, ni en uno ni en otro hay muchas descripciones de unicornios. Sorprende que haya muchas menos que de dragones o de gnomos, por ejemplo. Quizá sea porque los unicornios llevaban una existencia mucho más solitaria. Vaya, al menos eso me parece a mí. Lo siento, pero esto es todo lo que tenemos en la biblioteca. —Es suficiente. Con una sinopsis me basta. Gracias. Ella me tendió los dos volúmenes. —¿Te importaría leerme los puntos más importantes? —le dije—. Escuchándote, me será más fácil captar las ideas generales. Asintió, cogió en primer lugar El libro de los seres imaginarios y lo abrió por la primera página.

Libro: El fin del mundo y un despiadado país de las maravillas | Fecha:
Añadido el viernes, 5 de agosto de 2022 15:39:42

Porque, en este mundo, no hay nada más exacto que la inconsciencia.

Contexto:

Mi contraseña del shuffling es «el fin del mundo». Es el título de un culebrón estrictamente personal en el que me baso para pasar los valores numéricos lavados al cálculo informático. Aunque lo llame «culebrón», nada tiene que ver con los que dan por la tele. Es mucho más caótico y no tiene un argumento claro. Lo llamo «culebrón» como podría llamarlo de otro modo. En todo caso, jamás me han explicado qué contiene. Sólo sé que se llama «el fin del mundo». Este culebrón lo crearon los científicos del Sistema. Realicé un año de prácticas específicas para ser calculador y,

tras aprobar los exámenes finales, me congelaron durante dos semanas, a lo largo de las cuales analizaron al detalle mis ondas cerebrales, extrajeron el núcleo de mi conciencia, fijaron en éste un culebrón-contraseña de acceso al shuffling y, una vez implantado, volvieron a introducir el núcleo dentro de mi cerebro. Y me dijeron: «El título es “el fin del mundo” y será tu contraseña de acceso al shuffling.» Por eso mi conciencia está estructurada en dos partes. Es decir, en primer término, existe una conciencia global y caótica, y en su interior, igual que el hueso de una umeboshi, se encuentra el núcleo de la conciencia que sintetiza este caos. Pero ellos no me explicaron qué contenía el núcleo de la conciencia. —No tienes por qué saberlo —me dijeron—. Porque, en este mundo, no hay nada más exacto que la inconsciencia. Al llegar a cierta edad (lo hemos calculado con sumo cuidado y la hemos establecido en los veintiocho años), la conciencia global del ser humano ya no experimenta cambios. Lo que se denomina generalmente «transformaciones de la conciencia», si lo analizamos desde el punto de vista del funcionamiento global del cerebro, vemos que no son más que insignificantes oscilaciones superficiales. Sin embargo, «el fin del mundo», tu nuevo núcleo de la conciencia, funcionará hasta el fin de tus días con una exactitud inalterable. ¿Lo has comprendido hasta aquí? —Sí —contesté. —Todos los métodos de lógica y de análisis son inútiles, como tratar de partir una sandía con la punta de un alfiler. Arañarán la cáscara, pero jamás alcanzarán la pulpa. Precisamente por eso, nosotros hemos tenido que separar claramente la cáscara y la pulpa. Aunque lo cierto es que, en este mundo, hay quien se contenta con mordisquear la cáscara. »En resumen —prosiguieron—, nosotros tenemos que proteger eternamente tu culebrón-contraseña de las oscilaciones superficiales de tu conciencia. Supón

Libro: El fin del mundo y un despiadado país de las maravillas | Fecha:
Añadido el sábado, 6 de agosto de 2022 21:00:17

Mi pozo era demasiado profundo, demasiado oscuro, y no existía suficiente cantidad de tierra para cegararlo.

Contexto:

Por el camino charlábamos. Ella me contaba cosas de su padre, de sus dos hermanas pequeñas, de sus quehaceres diarios. Pero cuando, al llegar a su casa, nos separábamos, me daba la impresión de que el sentimiento de pérdida era aún mayor que antes de verla. No sabía cómo dominar aquella incoherente sensación de vacío. Mi pozo era demasiado profundo, demasiado oscuro, y no existía suficiente cantidad de tierra para cegararlo. Supuse que aquel sentimiento de pérdida estaba ligado a mis recuerdos desaparecidos. Mi memoria buscaba algo en la joven, pero ni yo sabía qué buscaba, y esta contradicción me dejaba un vacío insalvable. Sin embargo, en aquellos momentos, yo no podía asumir aquello. Yo mismo era demasiado débil, demasiado inseguro. Ahuyenté esos quebraderos de cabeza y me sumí en las profundidades del sueño. Cuando desperté de mi sueño, la temperatura había descendido de un modo sorprendente. Tiritando, apreté con fuerza la chaqueta contra mi cuerpo. Anohecía. Me levanté y, cuando me sacudía las briznas de hierba de la chaqueta, el primer copo de nieve me rozó la mejilla. Al levantar la vista al cielo, vi que las nubes eran

mucho más bajas que antes, más negras, más siniestras. Grandes y amorfos copos de nieve descendían del cielo y, cabalgando en el viento, caían danzando al suelo. Había llegado el invierno. Antes de irme miré de nuevo la muralla. Bajo aquel cielo espeso y oscuro donde bailaban los copos de nieve, la muralla erguía, con mayor majestad aún, su silueta perfecta. Cuando alcé los ojos hacia ella, tuve la sensación de que me contemplaba desde las alturas. Estaba plantada ante mí como una criatura primigenia que acabara de despertar. «¿Por qué estás aquí?», parecía preguntarme. «¿Qué buscas?» Pero yo no podía responderle. El corto sueño a la intemperie me había robado todo el calor del cuerpo y mi mente se iba llenando a toda prisa de una confusa mezcla de formas extrañas. Mi cuerpo y mi mente se me antojaron ajenos, como si no fueran míos. Todo era pesado, y confuso. Crucé el bosque, intentando no mirar la muralla, y corrí hacia la Puerta del Este. El camino era largo, las tinieblas se volvían cada vez más densas. Mi

Libro: El fin del mundo y un despiadado país de las maravillas | Fecha: Añadido el miércoles, 17 de agosto de 2022 17:16:39

Pero eso no importa. Nadie necesita que tenga un sentido, nadie desea llegar a ninguna parte.

Contexto:

en la gorra llevaba adheridas diminutas motas del polvo de nieve. —Parece que esta noche va a nevar de lo lindo, ¿eh? —dijo—. ¿Traigo la comida? —Se lo ruego —dije. Unos diez minutos más tarde regresó con una olla y la depositó sobre la estufa. Después, igual que los crustáceos que, al llegar la estación, van desprendiéndose de sus caparazones, fue quitándose con cuidado la gorra, el abrigo y los guantes. Por último, se pasó los dedos por el pelo blanco alborotado, se sentó en una silla y suspiró. —Siento no haber podido venir a desayunar —dijo—. He estado tan ocupado desde primera hora de la mañana que aún no he tenido ni tiempo para comer. —¿Usted no estaba cavando el agujero? —¿El agujero? ¡Ah, ese agujero! No, ésa no es tarea mía. No es que me disguste cavar la tierra, pero no —dijo soltando una risita—. Yo he estado trabajando en la ciudad. Cuando la olla estuvo caliente, distribuyó la comida en dos platos y los depositó sobre la mesa. Era un estofado de verduras con fideos. Se lo comió con apetito, soplando para que se enfriara. —¿Y para qué es ese agujero? —le pregunté al coronel. —Para nada —contestó llevándose la cuchara a la boca—. Lo han cavado por cavarlo. En este sentido, es un agujero puro. —No lo entiendo. —Es muy simple. Les apetecía hacerlo. Es su única finalidad. Mastiqué el pan mientras reflexionaba sobre el agujero puro. —De vez en cuando cavan un agujero —contó el anciano—. Puede que, en el fondo, sea lo mismo que mi pasión por el ajedrez. No tiene sentido, no lleva a ninguna parte. Pero eso no importa. Nadie necesita que tenga un sentido, nadie desea llegar a ninguna parte. Nosotros, aquí, abrimos un agujero puro tras otro. Actos sin finalidad, esfuerzos sin progreso, pasos que no conducen a ninguna parte, ¿no te parece maravilloso? Nadie resulta herido, nadie hiere. Nadie adelanta, nadie es adelantado. Sin victoria, sin derrota. —Creo que lo entiendo. El anciano, tras asentir varias veces, inclinó el plato y se tomó el último bocado de estofado.

Libro: El fin del mundo y un despiadado país de las maravillas | Fecha:
Añadido el viernes, 19 de agosto de 2022 16:06:17

En el bolsillo de un abrigo que simbolizara mi existencia, se habría abierto un agujero fatal que ningún hilo ni aguja podrían coser.

Contexto:

allí con mi mujer y mi gato. La primera en marcharse fue mi esposa, luego se fue el gato. Y ahora me marcharía yo. Utilizando como cenicero una vieja taza de café que se había quedado sin plato, fumé un pitillo y volví a beber agua. ¿Por qué había permanecido ocho años en un lugar como aquél? A mí mismo me parecía extraño. No me gustaba especialmente vivir allí, el alquiler no era barato. El sol de la tarde le daba de lleno, el portero era antipático. Mi vida no había sido más feliz desde que me había mudado allí. El descenso de la población había sido demasiado drástico. Pero, fuera como fuese, todas las cosas ya estaban anunciando el fin. La vida eterna, pensé. La inmortalidad. El profesor me había dicho que me encaminaba hacia el mundo de la inmortalidad. Que el fin del mundo no era la muerte, sino una transformación, que allí podría ser yo mismo, que podría recuperar todas las cosas que había perdido en el pasado, las que estaba perdiendo ahora. Tal vez fuera así. No, seguro que sería así. Aquel anciano lo sabía todo. Y si él decía que aquel mundo era el mundo de la inmortalidad, podías apostar a que era el mundo de la inmortalidad. No obstante, ni una sola de las palabras del profesor lograban despertar eco alguno en mi corazón. Eran demasiado abstractas, demasiado ambiguas. Tenía la sensación de que, ya en aquellos instantes, yo era suficientemente yo mismo, y el modo en que un ser inmortal debía contemplar su propia inmortalidad trascendía ampliamente los estrechos límites de mi imaginación. Y a todo esto debían sumársele los unicornios y la muralla. Me daba la impresión de que El mago de Oz era más realista. «¿Y qué he perdido yo?», me pregunté, rascándome la cabeza. Sin duda alguna, había perdido muchas cosas. Si las hubiera apuntado todas en una libreta, posiblemente habría llenado un cuaderno entero de la universidad. Había sufrido mucho la pérdida de alguna de ellas a pesar de que, en el momento en que las perdí, creí que no importaba demasiado, pero con otras me había sucedido lo contrario. Había ido perdiendo diversas cosas, diversas personas, diversos sentimientos. En el bolsillo de un abrigo que simbolizara mi existencia, se habría abierto un agujero fatal que ningún hilo ni aguja podrían coser. En este sentido, si alguien hubiera abierto la ventana de mi piso, se hubiese asomado dentro y me hubiese gritado: «¡Tu vida es un completo cero!», yo no habría tenido ningún argumento en contra que esgrimir.

Libro: El fin del mundo y un despiadado país de las maravillas | Fecha:
Añadido el lunes, 22 de agosto de 2022 17:43:20

Me había quedado sin palabras, de modo que asentí en silencio.

Contexto:

cocida al vapor con almendras?—Yo la probaré —dijo ella.—Yo también —dije—. Y, además, ensalada de espinacas y risotto con champiñones.—Y yo verdura y risotto con tomate —dijo ella.—El risotto es muy abundante —dijo el camarero, preocupado.—No se preocupe. Yo apenas he comido desde ayer por la mañana y ella tiene dilatación gástrica —dije.—Parezco un agujero negro —agregó ella.—Tomo nota del risotto —dijo el camarero.—Y, de postre, un sorbete de uva, un soufflé de limón y, luego, un café espresso —dijo ella.—Y yo, lo mismo —dije. Cuando el camarero se fue, tras tomarse su tiempo para anotar aplicadamente el pedido, ella me miró sonriente.—No habrás pedido tanta comida para acompañarme, ¿verdad?—No. Estoy hambriento, de verdad —dije—. Hace tiempo que no tenía tanta hambre.—Perfecto —dijo ella—. Yo no me fío de las personas que comen poco. Me da la impresión de que luego se llenan el estómago en otra parte. ¿Qué opinas?—No lo sé —dije. No lo sabía.—«No lo sé» es tu expresión favorita, ¿verdad?—Quizá.—Y «quizá» es otra de ellas. Me había quedado sin palabras, de modo que asentí en silencio.—¿Y por qué? ¿Por qué todas tus ideas son tan ambiguas?«No lo sé», «quizá», murmuraba para mis adentros cuando el camarero se acercó, abrió la botella de vino y nos lo sirvió ceremoniosamente en las copas con ademanes que recordaban los de un médico, adjunto al Palacio Imperial, especialista en coaptación y en trance de tratar una luxación del príncipe heredero.—«No es culpa mía» es la expresión favorita del protagonista de El extranjero, ¿verdad? ¿Cómo se llamaba? A ver...—Meursault —dije.

Libro: El fin del mundo y un despiadado país de las maravillas | Fecha: Añadido el miércoles, 24 de agosto de 2022 15:40:52

Los hermanos Karamazov?

Contexto:

—No se puede generalizar al hablar de la gente. En lo que respecta a la visión de las cosas, hay dos tipos de personas: las que tienen una visión global y las que tienen una visión limitada. Yo soy más bien una persona que tiene una visión limitada de la vida. No tiene mucho sentido justificar o explicar esta limitación. Tiene que trazarse una línea en algún sitio, se traza y punto. Pero no todo el mundo lo ve de la misma manera.—Pero incluso las personas que lo ven así se esfuerzan en traspasar los límites de esa línea, ¿no crees?—Quizá. Pero yo no. No veo por qué todo el mundo tiene que escuchar la música en estéreo. No por escuchar el violín desde el lado izquierdo y el contrabajo desde el derecho vas a profundizar más en el sentido de la música. No deja de ser un medio más sofisticado de evocar algo.—Eres un poco terco, ¿no?—Ella me decía lo mismo.—¿Tu mujer?—Sí —dije—. Decía que tenía las cosas tan claras que me faltaba flexibilidad. ¿Otra cerveza?—Sí, gracias. Arranqué la anilla de la tercera cerveza Miller High Life y se la pasé.—¿Qué piensas sobre tu vida? —preguntó. Sin tocar la cerveza, miraba fijamente el agujero en la parte superior de la lata.—¿Has leído Los hermanos Karamazov? —le pregunté.—Sí. Una vez. Hace mucho tiempo.—Tendrías que volver a leerlo. En ese libro hay un montón de cosas interesantes. Hacia el final, Aliosha le dice a un joven estudiante que se llama Kolia Krasotkin: «Escuche, Kolia, con todo, usted será un hombre muy desgraciado en la vida. En conjunto, de todos modos, bendecirá usted la vida».[18] —

Me acabé la tercera cerveza y, tras unos segundos de vacilación, abrí lacuarta-. Aliosha sabía un montón de cosas. Pero cuando lo leí me planteó muchas dudas. Me preguntaba cómo podía alguien bendecir una vida desgraciada.-¿Y por eso limitas tu vida?-Puede ser -dije-. Tendría que haber sido yo, en vez de tu marido, quien muriera golpeado con un jarrón de hierro en el autobús. Me da la impresión de
